

Opinión

LA TRIBUNA

Libertad vigilada



Óscar Eimil

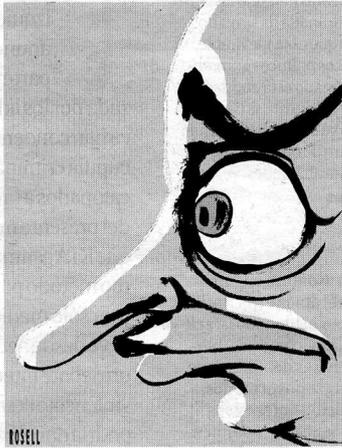
Registrador de la Propiedad

TODO comenzó a complicarse para España allá por el mes de febrero—tras la debacle bursátil que provocó la intervención de Zapatero en Davos—, con el road-show que realizaron Salgado y Campa por las más importantes guardias del dinero universal. Ya se sabe que *excusatio non petita, accusatio manifesta*. Prometieron, a los que por aquel entonces llamaban inversores, mano dura con el déficit, recorte de gastos, disciplina y consolidación fiscal. Tras su periplo por el mundo nos dijeron—pensando que habían engañado a los extranjeros como tan a menudo han engañado a los españoles—que habían logrado convencer a los que ahora llaman especuladores con la retahíla de milongas que les habían contado.

Sin embargo, el paso del tiempo vino a demostrar que el dichoso viaje, en realidad, sólo sirvió para que los malvados capitalistas, ávidos de dinero, tuvieran más tiempo para afilar sus largos colmillos, y así clavarlos, mejor y más adentro, en nuestra sufrida piel de toro. Por eso, cuando aún no habían transcurrido ni tres meses desde la conclusión del periplo, todos los españoles nos encontramos de bruces—y en esas continuamos—con la rebaja de la calificación de nuestra deuda, con la amenaza de una rebaja mayor en el futuro, con la bolsa cayendo en picado, y con la prima de riesgo de España y el diferencial de la deuda nacional en máximos históricos.

Y creo que algo tuvo que ver con todo ello el hecho de que—tras los compromisos de austeridad adquiridos con los mercados—nuestro déficit público, no sólo no se redujo en el primer trimestre del año, sino que se incrementó en un 17,5% interanual.

Finalmente, antes de la bancarrota que muchas voces, apenas veladamente, anunciaban, llegó nuestra última oportunidad: el enorme plan de rescate—llámenle los políticos como quieran—de la Unión Europea y del Fondo Monetario Internacional—el de los 750.000 millones—, condicionado a la drástica reducción de nuestro déficit fiscal.



La única manera realista de resolver el 'problema Zapatero' es presentar urgentemente una proposición no de ley en el Congreso que obligue al presidente a someterse a la cuestión de confianza

Resulta ser una ironía del destino—que siempre es cruel con los que, como Zapatero, lo desafían—, que hayan tenido que ser ellos, la fracasada Merkel con su severa advertencia, su admirado Obama, con su insólita llamada al orden, y su amigo Sarkozy—el que estaba muy preocupado porque España iba a superar de modo inminente a Francia en renta per cápita—, con su exigencia de disciplina y rigor, los que hayan venido a darle al presidente un baño de realismo y una auténtica cura de humildad.

Tras la intervención internacional, vinieron

las tremendas y humillantes medidas de recorte del gasto social que todos conocemos. Tremendas porque son abrumadoramente injustas con los más débiles, y humillantes porque han sido impuestas por gobiernos extranjeros, que ahora tutelan, en su propio beneficio, nuestra economía y por lo tanto también nuestra soberanía, porque nosotros no hemos sido capaces de dotarnos de un buen gobierno.

La patética imagen del presidente, sentado en el Congreso, aguantando estoica y amargamente el chaparrón de críticas de la oposición, quedará para siempre grabada en la memoria de toda una generación de españoles, porque será—no lo duden—el punto de partida de todo lo malo que se nos viene encima. La imagen de la victoria convertida en derrota, de la prepotencia convertida en resignación, del orgullo convertido en humillación.

Una imagen que adelanta que lo peor está todavía por llegar, ya que Zapatero—lo demuestra la ilegal fe de erratas del BOE a propósito de la financiación de los ayuntamientos—no sabrá aprovechar esta última oportunidad que interesadamente nos han dado. Y no porque no quiera, sino porque no puede, ya que su vida política siempre ha dependido de una capacidad para gastar que ya no tiene.

El principal problema de nuestra economía—coincidimos en esta idea muchos, cada vez más—se llama Zapatero. Él solo, sin ayuda de nadie, ha conseguido colocarnos, por méritos propios, en una especie de libertad vigilada internacional, porque ZP es, ya desde hace tiempo, para todos los gobiernos occidentales, la marca de la demagogia, de la irresponsabilidad, de la desconfianza y del despilfarro en la gestión de los asuntos públicos.

Y la única manera realista que se me ocurre para resolver a corto plazo este grave problema que tenemos—ya que Zapatero no dimitirá—es utilizar la vía de la cuestión de confianza—un mecanismo constitucional que sirve para demostrar si el presidente continúa o no disfrutando de la confianza que el Congreso le otorgó en el debate de investidura—, supliendo el principal partido de la oposición la falta de iniciativa de Zapatero—y ésta es la novedad—, con la presentación urgente en el Congreso de una proposición no de ley que obligue políticamente al presidente a someterse a la confianza de la Cámara.

POR MONTERA

Mariló Montero



A la memoria de ella

CUANDO me reveló que su marido le había golpeado hasta partirle el palo de la escoba contra su cuerpo, consiguió que retumbara en mi la propia memoria que me transmitió de su dolor. En cuanto terminé de contarme sólo una de las aterradoras escenas de su vida como mujer maltratada, nuestras miradas se petrificaron mutuamente. Buscábamos en nosotras mismas algo que pudiera paliar o borrar aquellos episodios que vivió totalmente sola. Ella ansiaba encontrar algo en mi interior, que yo no sabía muy bien si era lealtad, comprensión, complicidad, cariño, amor o un abrazo. Yo buscaba la suya, en medio de un pozo vacío, algo donde agarrarme para ayudarla. Al final debimos encontrar lo que necesitábamos, pues nuestra amistad, desde entonces, fue eterna. Ella me lo contaba y yo le escuchaba.

Resulta muy difícil hablar con fluidez sobre los malos tratos que ha sufrido una persona cercana a ti mientras vierte un rosario atroz. Cada relato era más pavoroso. Muchos años después de que nos conociéramos ella me contó que la relación con su novio venía disfrazada entre los hormigueos de dos adolescentes enamorados. Llegó el primer embarazo y, con él, la primera convulsión de la relación. Un día cualquiera, sin mediar palabra, su marido,

No vale taparse los oídos ante los gritos y sollozos de una vecina: llamemos al 016, que la Policía se encargará

quien no llegó ni a cerrar la puerta de la entrada del piso en el que vivían, le pegó una patada en la barriga que le provocó la primera hemorragia. La segunda y la tercera y las de después caían sobre ella, una a una, como todos los libros de la biblioteca que años después le darían la libertad.

Durante años sufrió las palizas de su marido. Cuando se quedaba sola aprovechaba para telefonar a su madre, que seguía viviendo en un pequeño pueblo lleno de antigüedades. Pero de mentalidad. Le pedía que le ayudara a salir de ese infierno. A cada ruego, la respuesta era la misma: "Hija, aguanta. Los hombres son así. ¿Qué vas a hacer?". Tuvo a su hija y, una noche, mientras dormía acurrucada a su bebé, él la violó y golpeó hasta reventarle la cara, no sin antes despreciar a la pequeña, que terminó tirada en el suelo del dormitorio. Fue la última noche. Sola, con su hija en brazos, huyó de casa, hasta que un matrimonio conocido las cobijó. Con su apoyo, terminó la carrera de Filología y sacó a su hija adelante.

A todas las mujeres que están siendo maltratadas, insultadas, menospreciadas, infravaloradas. A quienes escuchan los gritos a través de los tabiques, sáquenlas del espanto que las bloquea. No se justifica que las culturas sencillas normalicen las agresiones. No vale taparse los oídos ante los gritos y sollozos de una vecina. Llamemos al 016, que la Policía se encargará de dar vida a quienes matamos con nuestro silencio.

LA BITÁCORA

Félix de Moya



Erasmus
iberoamericano

CUANDO todos los países latinoamericanos están celebrando el bicentenario de su independencia, resulta particularmente oportuno recordar que la pésima gestión que hizo España de aquel proceso histórico dio como resultado un periodo de desconexión y desconfianza que aún hoy tratamos de restañar con desigual fortuna. La verdad es que esta relación de amor y odio alternativos que los países latinoamericanos mantienen con nosotros, tiene muy posiblemente su origen en que nos hemos comportado en ocasiones más como madrestrona que como Madre Patria generosa y. Por esto, la noticia de que casi mil rectores iberoamericanos se han reunido en Guadalajara (México) dispuestos a compartir lo que el conocimiento, la lengua y los objetivos comunes les permitan, es una noticia feliz. Si, tras doscientos años de independencia, los rectores de las universidades iberoamericanas allanan el camino para que las jóvenes generaciones se encuentren para algo más que jugar al fútbol y hacer negocios, bienvenidos sean los académicos capaces de mirar un poco más lejos que lo que duran sus mandatos.

A semejanza del programa Erasmus-Sócrates de la Unión Europea, se pretende desarrollar un gran proyecto con financia-

ción pública y privada que permita a los estudiantes mejorar su formación en universidades distintas a las suyas de origen al tiempo que adquieren conciencia de la comunidad cultural de la que forman parte. Como se ha dicho en estos días, es muy posible que haya quien piense que momentos económicos tan difíciles como los que vivimos no son los mejores para imaginar proyectos tan ilusionantes, tan necesarios y, al mismo tiempo, tan costosos. Sin embargo, yo me apunto al carro de los que dicen que son precisamente estos momentos en la historia de los pueblos los que han alumbrado las más visionarias y, al mismo tiempo, alentadoras ideas para mejorar la vida del hombre. Si conocerse mejor, aprovechando nuestro viejo linaje común, nos permite enfrentar los problemas de las desigualdades sociales, los del medioambiente amenazado y los de la violencia de cualquier signo, deben nuestros gobernantes hacer cuanto esté en su mano para facilitar ese conocimiento mutuo. Aunque no debamos renunciar a la esperanza de que algunos de esos problemas sean resueltos aquí y ahora, es necesario que vayamos preparando a las nuevas generaciones, las que gobernarán nuestra herencia, para que afronte, libres de la carga de la incomunicación y la desconfianza, la solución de los grandes que amenazan al género humano hoy.